

Geografía General  
DEL REINO DE  
**V**ALENCIA  
DIRIGIDA POR  
F. Carreras y Candi

**PROVINCIA DE VALENCIA**

POR  
José Martínez Aloy



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE ALBERTO MARTÍN

Consejo de Ciento, 140—Apartado en Correos, 266

### Burjasot

El lugar de Burjasot, llamado á ser el más importante suburbio de Valencia, mantiénese con independencia municipal en el declive de una suave colina caliza sumamente seca, entre el río Turia y el barranco de Carraixet, al NO. de la Capital, de la que dista 5 kilómetros. Cuenta con 5,100 habitantes y 1,413 casas, que se extienden á uno y otro lado de la carretera, formando una población tan prolongada que el ferrocarril económico de Valencia á Bétera tiene abiertas dos estaciones, en los distintos extremos, tituladas Burjasot y Burjasot-Godella, para facilitar le acceso del público, pues de un cabo al otro del pueblo median algunos kilómetros.



(1833) Sucias recogió los nombres de estas alquerías en sus *Notas útiles*, Ms.

La carretera que hemos mencionado se llama vulgarmente camino nuevo de Burjasot, pero en realidad es el último trozo de la «de Ademuz á Valencia», que ahora comienza en Titaguas, pasa por Chelva y Liria y finaliza por Godella y Burjasot en Valencia (n. 1834). El tranvía eléctrico que arranca de la plaza de Manises — titulada hoy del Poeta Vives Liern — invita á recorrer aquel cacho de carretera que ya es casi una calle recta y ancha, formada por viejas casas de labradores, *chalets*, casitas de recreo coquetonamente adornadas, villas de mayor y menor cuantía y fábricas de diversas industrias. Cierra la perspectiva, por las espaldas, el enhiesto Miquelete, y se abre ante el viajero el lugar de Burjasot para mostrar las almenas de su palacio señorial, los tres últimos cuerpos del esbelto campanario y la inflada cúpula de su iglesia. Cuatro calles principales, anchas y alineadas, una regular plaza con mercado cubierto, buenas escuelas, casa del Ayuntamiento, moradas veraniegas de familias valencianas, centros políticos, casinos recreativos, y muchos establecimientos de industria y de comercio, imprimen á Burjasot el aspecto de importante villa, más bien que el de lugar agrícola. Pero la población no quiere descender de la hermosa colina que le sirve de pedestal y por eso las tendencias de ensanche, lejos de buscar el contacto con la Ciudad, llevan la dirección N. y tal vez lleguen á Godella sin darse cuenta.

*Historia.* — *Burjasot, Borjaçot, Borgaçot*, que de todas estas maneras suena en el Libro del Repartimiento (n. 1835), era una alquería mora, cuyo nombre viene de *borg*, torre, y *sot*, bosque, ó lo que es lo mismo «Torre del coto», según Simonet (n. 1836), que en 1.º de Agosto de 1237 donó Jaime I, con varias tierras, á García Pérez de Figuerola, pero el propio monarca revocó esta merced, y la hizo recaer, á 1.º de Octubre de 1238, en favor del abad del monasterio de Ripoll, exceptuando los hornos y molinos, que se reservó el regio donante. Otras tierras del término de la misma alquería se repartieron entre personas apellidadas de Figuerolis, Carbonell, de Fonte, Camarada, Castellet y de Cornudella, además de un molino y la torre otorgados á G. de Pulcroloco, que es Bel-loch. En 1258 pasó otra vez Burjasot á García Pérez de Figuerola, por medio de cierta permuta, y adquirida nuevamente por el Rey, la donó, en 1360, á Sancho de Tena. El gran legista y dramaturgo valenciano micer Domingo Mascó, compró los derechos del tercio-diezmo y del morabatin en 1389 y luego el dominio de Burjasot, que dió hospitalidad al rey Don Martín, en 1401, para que celebrase consejo real, ya que la epidemia castigaba entonces la ciudad de Valencia (n. 1837). El autor de la tragedia *L'hom enamorat y la fembra satisfeta* se desprendió del señorío, á 21 de Octubre de 1425, en favor de la Almoína de la Seo, y en su virtud

(1834) Carretera de segundo orden, número 2. Véase la pág. 132 de este volumen.

(1835) Donaciones 154, 222, 243, 248, 257, 273, 281 y 380.

(1836) Sanchis Sivera: *Nomenclator* (en publicación).

(1837) Hemos hablado de este consejo en la página 423 del presente volumen.

pasó al Cabildo tan importante lugar. En él halló traicionera muerte el famoso Encubierto de Valencia el día 19 de Mayo de 1522. Fracasada la intentona de sorprender la Ciudad, quiso atacar el palacio del Real y se mermaron sus huestes, buscó refugio en Benimaclet y le aconsejaron que se fortificase en el castillo de Burjasot, llegó á este pueblo y dos codiciosos de la pregonada cabeza lo mataron á puñaladas. El cuerpo del misterioso agitador fué consumido por la hoguera inquisitorial y su testa pseudo augusta coronó las torres de Cuarte como fatídica cimera (n. 1838).

Prosigamos. El cabildo de nuestra catedral mantuvo la posesión de Burjasot hasta el año 1568, en que lo vendió á Mosén Bernardo Simó, y á los herederos de éste comprolo, en 10 de Septiembre de 1600, por precio de 21,050 libras valencianas, el Beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, de quien lo heredó el colegio de Corpus Christi, que durante dos siglos ha tenido la jurisdicción civil y criminal, nombrando jurados, justicias y alcaldes y cobrando los tributos feudales hasta la extinción de los señoríos (n. 1839).

La proximidad de esta población á la Capital no fué obstáculo para que en las dos guerras civiles que ensangrentaron nuestra patria en el siglo XIX, fuera visitada por los carlistas.

*Castillo.*—Fué reedificado en el siglo XIV (n. 1840). Dijimos en otra ocasión (n. 1841) que el rey Don Martín, acompañado de su egregia esposa, llegó á Burjasot y celebró consejo real el día 18 de Julio de 1401, en cierta cámara de este castillo, para jurar los fueros del reino de Valencia, lo cual demuestra la importancia de aquella señorial mansión. Entre las rentas, regalías y derechos señoriales del lugar de Burjasot que el B. Juan de Ribera, patriarca de Antioquia y arzobispo de Valencia, compró en 10 de Septiembre de 1600, figuraban la casa-castillo con su dehesa y cuatro cahizadas de tierra campa, contiguas á la misma. Los tiempos habían cambiado, y el nuevo señor de Burjasot gastó 7,000 ducados para convertir el almenado castillo en casa pacífica de recreo, de oración y de estudio, ensanchó la dehesa, mediante compra de campos contiguos, y otro tanto hizo con los predios urbanos. Todo esto y la jurisdicción civil y criminal, los censos, el tercio diezmo, el molino, el horno, la carnicería, el hospital, varias casas y muchas cahizadas de tierra, fueron donados por el celoso prelado á su Colegio de Corpus Christi de Valencia en 10 de Junio de 1604, excepción hecha de la casa-castillo y dehesa que no pasaron al Colegio hasta después de muerto el fundador. La voluntad de éste fué respetada durante dos siglos, pero, al llegar al XIX, la extinción de los señoríos primero, y las leyes desamortizadoras después, apartaron al Colegio del Patriarca de toda jurisdicción sobre Burjasot y de toda propiedad

(1838) Escolano: Lib. X, cap. XXI.

(1839) Sanchis Sivera: *Nomenclátor* (en publicación).

(1840) Sanchis Sivera: *Nomenclátor* (en publicación), así lo afirma.

(1841) Véase la página 423 del presente volumen.

en su término. El castillo y la dehesa fueron vendidos por el Estado, en 30 de Julio de 1866, á don José Lleó y Abad, éste los vendió un año después á don Ignacio Lacuadra y Galán, el cual, tomando á pecho su papel de castellano, coronó de nuevas almenas los muros del predio para devolverle su aspecto de fortaleza, pero en 22 de Septiembre de 1876 decidió enagenarlo, y lo adquirieron por mitad don Faustino y don Manuel Pérez Hernández. Cedió luego su parte el primero de dichos hermanos al segundo, y en 11 de Septiembre de 1894 compró la totalidad la señora doña Carolina Alvarez Ruíz (n. 1842). Finalmente, fallecida esta ilustre dama en 18 de Junio de 1913,



Burjasot. — Castillo

Clise de J. Belenguer

á los 93 años de edad, bajo testamento por el que fundaba una institución benéfica é instructiva para dar albergue y ayuda á los estudiantes pobres de todas las carreras y facultades, á cuya institución nombró heredera universal de sus bienes, instalose en el castillo y dehesa de Burjasot el nuevo Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, que desde el año 1916 viene cumpliendo sus fines benéficos y liberales (n. 1843).

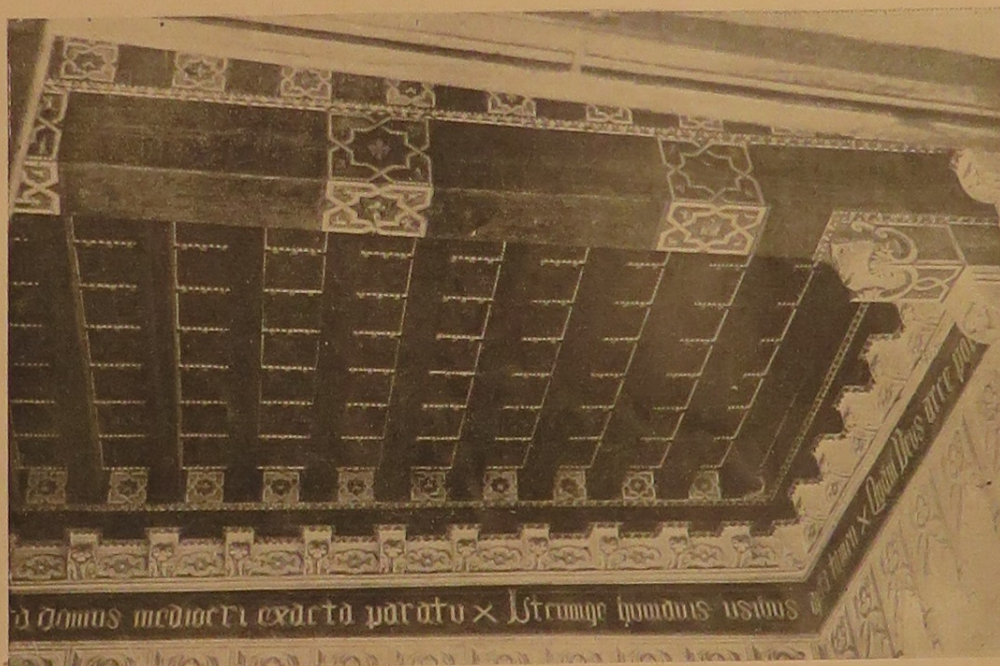
Con estos antecedentes en la memoria y desesperanzados de que tantos dueños y vicisitudes hayan dejado títere con cabeza dentro del histórico edificio, atravesamos los umbrales de su raquílica entrada, con mayor melancolía que atención. Respirase allí, en verdad, cierto ambiente de grandeza y adivinanse, bajo pintura de brocha gorda, restos arquitectónicos del tiempo del

(1842) A doña Carolina Alvarez Ruíz ligaban vínculos valencianos por su matrimonio con el ilustre señor don Francisco Rodríguez de la Encina, hermano del barón de Santa Bárbara.

(1843) Hernán Cortés, presbítero: *El Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera. Burjasot. Patronato Alvarez*, artículo publicado en el *Diario de Valencia*, número correspondiente al 6 de Marzo de 1919.

Patriarca, entre ellos un ajimez de doble parteluz, pero las ficciones góticas de pura escayola son tan abundantes é inoportunas que achican el ánimo sin que logren ensancharlo las panzudas ánforas depositadas simétricamente en los rincones: ellas atestiguan que no de antaño se han derribado bóvedas medioevales.

No desmayemos. Arriba están las habitaciones del Beato, protegidas por el *noli me tangere* que impuso la fundadora, y en efecto permanecen incólumes, pero su decoración, austera como el patriarca, se limita á los techos y



Burjasot. — Castillo. Artesonado mudéjar de fines del siglo XIV

á los zócalos. Los primeros son de cielo raso decorados sobriamente con cuatro legiones de ángeles y querubes que parece quieren conducir el pensamiento á punto más alto; y constituye los segundos la misma azulejería del siglo XVI, muestra del diamante, que ya vimos en la iglesia del colegio de Corpus Christi, dentro de la Capital (n. 1844).

Santo Dios ¿qué es esto? ¡La cámara gótica del castillo! Flamante pieza que parece inventada por un pintor escenógrafo, sin contemplación al derroche de los más brillantes colores y al contraste de los más opuestos matices. Recobremos la serenidad y tengamos juicio. No podemos admitir que sea

(1844) Fueron fabricados estos azulejos por Antonio Simón, maestro de obra de Talavera, en 1606 (Boronat: *El B. Juan de Ribera*, pág. 51). No todas las habitaciones, á que hacemos referencia en el texto, tienen la azulejería de la misma muestra; el zócalo de una de ellas está formado con azulejos *mitadats*, que son iguales á los de un pequeño ingreso de la iglesia del Colegio de Corpus Christi, cuya puerta recae á la calle de la Cruz Nueva, en Valencia.

oropel todo lo que ven nuestros ojos, hay algo aquí verdadero, causa y origen de tanta fantasía, y ese algo, no cabe duda, se extiende sobre nuestras cabezas, está en el techo. Un envigado longitudinal, compuesto de robustas piezas, separadas unas de otras por entrecalles paralelas que son el fondo de la construcción y van cubiertas con tableros ornamentales, canecillos de talla, tal vez de piedra, que empotrándose en el muro sostienen el tinglado, no sin el auxilio de una jácena que divide aquél en dos crujías, carga con la pesadumbre de todo el maderamen y á su vez es mantenida por dos zapatas vigorosas cuyos remates son carátulas gigantescas, forman una soberbia techumbre, que es anterior al Patriarca y á todos los pródromos del Renacimiento. Y si consideramos que no hay artista de bastante cañete para crear una decoración mudéjar tan admirable, original y genuina como la que ostentan esos tableros policromados y esos escudos medioevales y esas estrellas de arabesca progenie, habremos de admitir que el pincel restaurador se ha limitado á refrescar, con notorio exceso, la vieja policromía, y nos vamos de cabeza á los últimos años del siglo xiv ó á los primeros del xv.

Duda el lector? También nosotros temimos pecar de ligeros, porque no es fácil madurar insólitos conceptos en un cuarto de hora, mucho más tropezando con una cenefa que denuncia la mano del Patriarca (n. 1845) y con las dos carátulas—una de hombre y otra de mujer—que recuerdan grotescas esculturas del siglo xvii. Pero al ver repetido igual artesonado en la estancia contigua, que es grande y prolongada, y hasta en una pequeña habitación del otro lado de la escalera, donde al alcance de la mano encontramos la misma cubierta, los mismos tableros y los mismos escudos—ninguno de los cuales guarda relación con el B. Juan de Ribera—sin restauración alguna, con su pátina y vieja tonalidad, se disiparon todas nuestras dudas: trátase, positivamente, de un artesonado mudéjar, anterior al Patriarca, y utilizado por éste á partir del año 1600, cuando transformó el castillo é hizo quizá la nueva escalera que partió la gran sala de honor é introdujo nueva distribución de la planta principal.

Dos horas después consultábamos con afán los armoriales valencianos y surgió el rayo de luz. ¿Sabeis á quien pertenece el escudo principal—porque está en el medio—de los tres que profusamente blasonan la señorial techum-

(1845) Los versos latinos, escritos con caracteres góticos, sobre una cenefa pintada que á manera de friso cierra la línea inferior del artesonado, son posteriores á éste, y sospechamos que los mandó poner el Patriarca en sustitución de antigua leyenda lemosina. Dicen así:

*En patet vita domus mediocri exacta paratu  
Ut cumque usibus humanis apta tamen  
Quam Deus arce poli facundos miserando revisat  
Cuncta adversa fuget, prospera cuncta serat  
Esuriens epulas, sitiens potum, hospes honorem  
Et quietem tristes hic reperire queant.*

(Transcripción de don Hernán Cortés, presbítero, Director del Colegio Mayor del B. Juan de Ribera de Burjasot).

bre? A micer Domingo Mascó, el legista valenciano que fué señor de Burjasot poco después de 1389 hasta 1425, el egregio cortesano de los reyes de Aragón que ostentaba en su escudo *la torre e cigüeña en camp colorat* (n. 1846).

Ahora comprendemos por qué la Ciudad procuró hospedaje al rey Don Martín en el castillo de Burjasot, donde se realizó la jura de 1401, con preferencia á otros muchos y muy importantes de los feudos comarcanos. Y si es lógico sospechar que influyese en esta predilección la circunstancia de haber sido recientemente decoradas las estancias que habían de ser teatro de tan solemne acto, habremos de conceder al envigado del palacio de Mascó



Burjasot. — Dehesa

Clisé de J. Belenguer

mayor antigüedad que al de nuestra sala dorada, cuya construcción se comenzó en 1418, bien que su diferente estilo ya lo indica.

Hemos dedicado á la feudal morada más líneas de las que nuestro plan consiente, y cerramos el párrafo pasando por alto muchas cosas que merecen ser conocidas y admiradas. Una de ellas es la dehesa, delicioso bosque que parece trasplantado de la sierra para proporcionar al entumecido vecindario de la Capital un balón de restaurador oxígeno. ¡Lástima grande que no aprovechara el municipio valentino las ocasiones que se le han presentado para adquirir en beneficio del público tan salutífero parque!

*Iglesia.* — En el siglo XIV era un anejo de Paterna la iglesia de Burjasot, la cual debió de tener ya el título de San Miguel, como la de ahora, pues el famoso artista Jacomart se obligó á pintar para ella, en 28 de Febrero 1441, el «retablo de la historia de San Miguel, con predela ó *banch* de la historia de la Pasión, y resguardos ó *polseres*» (n. 1847). Terminó este retablo el

(1846) Febrer: Troba CCCIX.

(1847) Tormo Monzó: *Jacomart*, págs. 48, 49 y 104 (Madrid, 1914).



maestro Reixach, según consta en recibo de 9 de Enero de 1444 (n. 1848). Suponemos que estaría enclavada en el área del castillo; otra posterior estuvo frente al mismo, á la otra parte de la carretera (n. 1849), y la actual fué edificada sobre nuevo solar, en el año 1737, á expensas de la población.

No es un templo vulgar el que construyeron los piadosos feligreses de Burjasot. Aparte de su magnitud, hay que ver en él un desdeñoso gesto para las exuberancias churriguerescas cuando apenas había entrado el barroquismo español en el período del arrepentimiento, ni estaban consagrados por la opinión pública los reenvites al arte clásico. Por eso el maestro, sin apartar los ojos de la regularidad greco-romana, procuró satisfacer la estragada vista de sus coetáneos con muchas figuras de escayola, entre ellas doce apóstoles corpulentos semejantes á las tribus de los Santos Joanes de Valencia, que imprimen al de Burjasot la original modalidad de su conjunto.

Sintetizada de esta manera nuestra impresión, renunciamos al análisis porque es imposible hacerlo no contando con más elementos que una visita practicada rápidamente, aunque en buena compañía. Conserva nuestra memoria la elegante talla del púlpito que pregona el delicado gusto de Cotanda; las pinturas al fresco de los arcos torales, escuela de Vergara, que luchan por dar forma real y efectiva á las célicas hazañas del arcángel San Miguel; un altarcillo del más puro Renacimiento que contiene la bella tabla de la Virgen de la Leche, siglo xvi; el órgano monumental, que si es tan sonoro como grande se dejará oír; la tabla del Ecce-Homo, colgada muy alto, á pesar de su belleza, en el oscuro corredor que conduce á la sacristía; dos lienzos del siglo xvii que se conservan en el trasagrario, y varias obras auténticas de Vicente López. Estas requieren mayor puntualización: Santo Tomás de Aquino se halla en el testero del púlpito, y un bellissimo rompimiento de cielo en el tornavoz; enriquece el trasagrario un coro de ángeles, y otro cierra el tabernáculo de la capilla de la Comunión. Este es mejor. Entre los angélicos rostros sobresale uno que debe ser retrato á juzgar por su realismo y singular perfección. Nos dejamos en el tintero un lienzo grande y trascendental que puede acrecentar la justa fama de Vicente López. Búsquelo el lector que vale la pena (n. 1850).

*Silos.* — Valencia necesita más pan del que le ofrecen sus campos, y la carestía del trigo fué una pesadilla constante de los magistrados municipales, pues en cuanto Sicilia, por guerras, pestes y otras causas, suspendía sus remesas, era preciso mendigar en Castilla los cereales, y traerlos á nuestra tierra, poquito á poco, mediante récuas y trajineros. Lejos de aminorar el mal, mejorando los caminos y dando al tráfico toda clase de libertades para

(1848) Sanchis Sivera: *Nomenclátor* (en publicación).

(1849) Nota de don Manuel González Martí.

(1850) Lo advirtió don Manuel González Martí (Folchi) y le guardamos el secreto para no restar interés á la biografía de Vicente López que lleva entre manos.

obtener los beneficios de la competencia, se acudía á los medios contraproducentes de la tasa, persecución de acaparadores y extralimitaciones gubernativas, que si llenaban algunas bocas durante un día, determinaban la gravedad y duración del *any de la fam.* No lo hemos hecho mejor en el siglo xx, después de la guerra europea. Los gobernantes saben Economía Política, pero desdichado del que recuerda sus enseñanzas cuando la fiera tiene hambre y agita sus zarpas. Pues bien, el Consejo General de Valencia creyó que lo mejor era prevenir las carestías, convirtiéndose todos los años en único y desinteresado acaparador de trigo, dispuesto á perder mucho si viene abundante y á ganar poco si escasea. Esto fué en el siglo xvi. Guardábase el trigo en grandes almacenes y atarazanas, pero como allí sufría daños y mermas, determinose conservarlo, á imitación de Barcelona, dentro de silos que se habían de abrir en la colina inmediata al lugar de Burjasot.

Consta que en Octubre de 1573 se colocaron 58 cahices de trigo de Sicilia en tres silos que se habían construído, y obtuvieron excelente conservación. Tres silos más se prepararon en 1574, diez y siete en 1576 y así sucesivamente hasta los 43 que forman el total obtenido en 1704. Después de este año no se han hecho nuevas excavaciones.

Durante la primera mitad del siglo xviii pudieron comprender los municipales de Valencia que las cosas habían cambiado, que el desarrollo de la navegación consentía traer á nuestra costa los trigos de todas las partes del mundo, y que el comercio particular hacía inútiles, y muchas veces ruinosas, las previsiones comunales. Decidióse, en 1742, abandonar las antiguas prácticas y vender los silos de Burjasot, pero se opuso el poder central y en su nombre el Intendente Corregidor, marqués de Malespina, merced á quien conservamos una fábrica, inútil en verdad, pero de incomparable belleza. Los silos no fueron entonces totalmente abandonados; sirvieron de pósitos ó granero público, con organización exclusiva hasta 1902, y ajustada á la ley general de Pósitos hasta 1907, en cuya fecha se enagenó todo el trigo que existía en los subterráneos almacenes de Burjasot, que si originariamente sólo significan un equivocado arresto de buena voluntad, constituyen un espléndido monumento por el arte, riqueza y gusto puestos en su edificación (n. 1851).

Para apreciar estas calidades conviene acometerlo de frente, subiendo por la escalinata de piedra que está á la parte de Levante, y nos coloca en una explanada de 75 metros cuadrados, cubierta de losas azules y ceñida por un muro que remata en pretil, más bien banco que antepecho. Al llegar aquí el visitante, volverá la espalda al monumento para contemplar el panorama que le ofrece este inmenso mirador, pero gozado el espectáculo de la natu-

---

(1851) Folchi: *Les sitches de Burjasot*, artículo publicado en *El Anunciador Valenciano*, correspondiente á Enero de 1913.

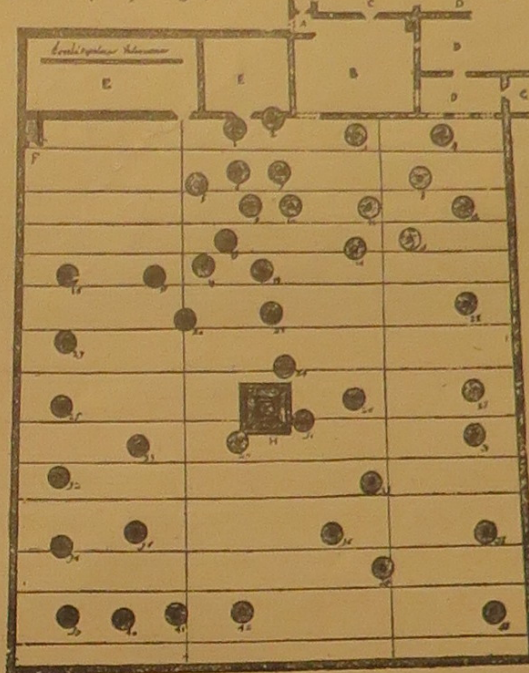
raleza, viene por sus pasos la atención al artificio. La pulida terraza es variolosa: cuarenta y tres tetones, simétricamente distribuidos, denuncian las bocas de otros tantos pozos abiertos en la peña, muy ventrudos, alguno de los cuales puede tragar más de 1,200 cahices de trigo. Como están vacíos ya no hacen falta candados, cadenas y morteros á su acoplada taponería.

En el centro de la azulada superficie, vese un amplio graderío de cinco piezas cuadradas,

sobre el cual tiene asiento un pedestal rectangular y clásico que sustenta una columna de orden compuesto y estriado fuste con tendencias plate-rescas, y por remate una cruz de brazos trebolados que, á grande altura, se destaca del fondo celeste con plácida majestad. Fué labrada por Jerónimo Muñoz en 1580 (n. 1852). Es una hermosa cruz monumental; la más esbelta, tal vez, de todas las construídas en Valencia

Número de los Silos	Cahices que caben en cada Silo
1	243
2	240
3	1141
4	260
5	113
6	190
7	252
8	296
9	125
10	325
11	298
12	1123
13	294
14	135
15	352
16	252
17	259
18	149
19	307
20	230
21	296
22	826
23	125
24	259
25	417
26	707
27	759
28	325
29	433
30	532
31	1243
32	449
33	758
34	417
35	1149
36	1066
37	1056
38	1044
39	533
40	1278
41	1268
42	243
43	1033

*Plano de los Silos para exponer trigo, que tiene la L. A. C. en la B. F. en el término de Burjasot.*



Plano de Folchi

Burjasot.—Facsimile del plano de los Silos hecho en 1742, que se conserva en el Archivo Municipal

EXPLICACIÓN DE LAS LETRAS. — A, Puerta y entrada principal. B, Plazuela. C, Ermita. D, Habitación del ermitaño y pórtico. E, Almacenes de superficie de tierra. F, Escalera del almacén suptrráneo. G, Cisterna. H, Cruz.

desde el siglo XVI en adelante, y la que desempeña con mayor acierto su misión religiosa á la par que decorativa.

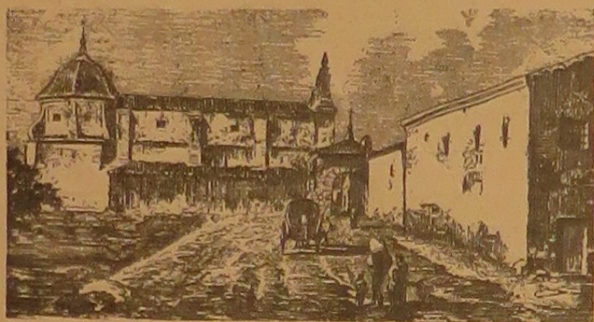
Preside las construcciones del fondo una ermita que bien pudiera llamarse iglesia por sus dimensiones. Fué construída en el siglo XVII y el patriarca Ribera la avaloró con la «Virgen de la Cabeza», que allí se venera. Más tarde se le añadió un nuevo titular: San Roque, abogado contra la peste. A principios del siglo XIX sufrió graves daños por causa de la invasión francesa: destrozáronse casi todos sus altares y la balaustrada del presbiterio, perdióse un exquisito aguamanil de obra de Alcora, y la Virgen de la Cabeza fue despojada de sus alhajas (n. 1853). Los frescos de esta iglesia, diapreados

(1852) Barón de Alcahalí: *Diccionario de Artistas Valencianos*, pág. 387.

(1853) Manuscrito del Rector Doctor Félix Carles (Archivo parroquial de Burjasot).

de oro y matices, corresponden á un bello churriguerismo. En el pavimento se conservan las lápidas sepulcrales blasonadas de don Lorenzo Delgado, San Román y Espinosa, de don Juan Thomas Albert de Esparza y Juan, y de doña María Pérez Sauli y Almel-la, viuda de Menor, fallecidos en 1755, 1764 y 1765 respectivamente.

A uno y otro lado del santuario se construyeron pórticos, almacenes y habitaciones para las oficinas, en cuyos vulgares edificios alguna curiosidad hallaríamos, pero el tiempo apremia y el *portal* de los carros, que no es muy airoso, nos da la salida.



(De *La Ilustración Universal*, 1868)

Entrada a los pozos de Burjasot

*Obelisco.* — Todos los pueblos de nuestra huerta intervinieron, más ó menos directamente, en las dos guerras civiles que arruinaron nuestra patria en el siglo XIX, poniéndola en un plano de marcada inferioridad con relación á muchas naciones

de Europa, porque éstas aprovecharon las corrientes de civilización y de progreso para su engrandecimiento, mientras los españoles, dando á las doctrinas más importancia que á las conveniencias prácticas, gastaron sus energías, que eran extraordinarias, en destruirse cruelmente los unos á los otros, no sin herir de muerte toda industria y devastar la madre tierra. Actos de horrible ensañamiento, venganzas implacables e increíbles ferocidades se realizaron por uno y otro bando. Nos duele reconocerlo, pero no tenemos derecho á borrar de la Historia lo que es ingrato. Ahora bien, si las pasiones políticas han recargado injustamente los hechos con cinismos que no existieron, deber nuestro es concretarlos á su exacta realidad, que al fin y al cabo de españoles se trata y á todos nos llegan las execraciones del mundo civilizado.

A las once y media de la mañana del día 29 de Marzo de 1837, fué sorprendida por numerosas fuerzas de Cabrera una columna del ejército cristino que, habiendo salido de Liria en dirección á Valencia, descansaba en la venta del Pla del Pou, y aunque el Comandante General de estos reinos la socorrió con 150 caballos que llegaron oportunamente, no pudo resistir la superioridad del enemigo, declarose en retirada, buscando posición más ventajosa en Burjasot, que ya estaba cerca, y cayó prisionera de los carlistas casi toda la infantería. Sobre la realidad de estos hechos no hay discusión, porque están reconocidos por los caudillos de uno y otro bando en los partes que dirigieron á sus respectivas comandancias (n. 1854). El de Cabrera añade lo siguiente:

(1854) Los publicó Córdoba en la *Vida militar y política de Cabrera*, editada en Madrid, año 1845 (t. I, apéndice, notas 47 y 48, páginas 319 y 320).

«Ordené una carga general con la corta fuerza de que disponía; volvió caras la caballería al empezar el movimiento, y lo hizo con tanta precipitación que atropelló algunos de los infantes, sobre los cuales caí con presteza, nos hicieron dos descargas y levantaron culatras, quedando los dos batallones prisioneros sin que se escapase más que un solo soldado, que infiero ser asistente, y algunos oficiales montados; en mi poder 727 prisioneros, igual número de fusiles y tres caballos: quedaron en el campo otros dos muertos y tres heridos, con la insignificante pérdida por mi parte de cinco heridos. No obstante de no haber cuartel lo dí á la tropa y mandé fusilar á los oficiales y sargentos».

A confesión de parte, relevación de prueba. Los oficiales y sargentos que cayeron prisioneros en la desgraciada acción del Pla del Pou fueron fusilados por orden de Cabrera. ¿Cuántos? Boix (n. 1855) dice que fueron 37, las relaciones particulares facilitadas por personas de distintos partidos á don Buenaventura de Córdoba (n. 1856) oscilan de 30 á 42, y nosotros nos inclinamos á creer que fueron 30 por los datos que á continuación exponaremos.

En el archivo de la iglesia parroquial de Paterna, á cuya feligresía corresponde el pinar de la partida de la Coma, del término municipal de aquel pueblo, se conserva la inscripción de 30 de Marzo de 1837 (n. 1857) referente al sepelio «de treinta y dos muertos en la desgraciada acción de guerra de ayer», cuyos nombres se ignoran. Pudo el párroco omitir la circunstancia del fusilamiento, que no debió conocer oficialmente, pero si en el campo de batalla no cayeron muertos más que dos individuos y éstos eran del ejército liberal, según reza el parte de Cabrera, claro está que los 30 restantes inhumados en la pinada fueron los fusilados. Y no hubo más, porque ni en los libros parroquiales de Burjasot, ni aun en los de Godella, se registró sepelio alguno de persona adulta fallecida el día de referencia, y en cambio las certificaciones de defunción que posteriormente se procuraron los parientes de las víctimas, incoando los oportunos expedientes judiciales, se unían al mencionado libro de Paterna, lo cual indica que la opinión y creencia general estaba de acuerdo con la realidad (n. 1858).

Si las treinta víctimas inmoladas recibieron sepultura en término de Paterna, no cabe suponer que la ejecución se hubiese realizado en Burjasot, porque el trasiego de todos aquellos cadáveres en la noche del 29 al 30 de Marzo es totalmente inverosímil. Ya sabemos que esta circunstancia de lugar no atenúa la ferocidad del hecho, pero á la par que libra a Burjasot de una efeméride hosca y á los silos de fantasmas, nos coloca en posición ventajosa para desmentir una patraña que deshonra y mancilla.

Hela aquí, tal como salió impresa en el año 1839:

(1855) Boix: *Historia de Valencia*, t. III, pág. 411.

(1856) Córdoba: *Historia de Cabrera*, t. I, pág. 199.

(1857) Libro diez de Defunciones, folio 191 vuelto.

(1858) Unidas á la partida de sepelio de los 32 cadáveres fallecidos en el distrito parroquial de Paterna, se hallan dos certificaciones expedidas por tribunal competente, una en el año 1840 y otra en 1852, haciendo constar que entre aquellos muertos se encuentran: «Don Juan Canet, subteniente de la Compañía de cazadores del batallón de Guardias Nacionales de Liria; Miguel Huguet Hernández, nacional de caballería, y Domingo Luiles, sargento de brigada» del indicado batallón.

«Los desgraciados oficiales prisioneros fueron todos fusilados en Burjasot, tres cuartos de hora distante de Valencia; pero las horribles circunstancias de aquel sacrificio son un borrón de infamia para D. Carlos y su partido, que jamás podrán lavar. Fuera de dicho pueblo de Burjasot, y en una pequeña elevación que domina casi toda la llanura del Guadalaviar hasta las orillas del Mediterráneo, existe una ancha plaza cuadrada, cuyo pavimento cubre multitud de solanos ó silos abiertos en la peña viva para depósito de granos. En aquel sitio pintoresco mandó disponer el tigre la mesa, y comenzó á comer, mientras la música de sus hordas celebraba la reciente victoria. Pero otra armonía más análoga á su naturaleza sanguinaria debía unirse á aquella y halagar su feroz oído. Los desgraciados oficiales llegan desnudos y entre bayonetas al pie de los silos: habíalos muchachos apenas salidos de los colegios, cuya vista sola era capaz de enternecer á la misma crueldad. Unos se abrazaban llorando; otros daban una fiera y altiva ojeada al tigre que los contemplaba entre el estruendo de las botellas; otros (y éstos eran en mayor número) victoreaban á la libertad y á Isabel II y en medio de este cuadro, cuyo efecto más bien se siente que se describe, sonó la descarga, y aquellos mártires de la inhumanidad más espantosa, dejaron de existir; siendo testigos mudos é impotentes del desastre los consternados habitantes de la ciudad» (n. 1859).

Esta acusación horrenda, lanzada por autor anónimo y desprovista de justificantes, fué desde luego admitida por los historiadores liberales, sin buscar la corroboración en la memoria de los coetáneos, ni registrar papeles, ni remover un solo grano de la tierra que cubre la fosa de los mártires. Y así gravita, como si fuese un fallo justiciero de la Historia, sobre la cabeza del caudillo carlista, quien exclamaba en 1845: «Un emigrado del Maestrazgo, ¿que había de decir de mí? Sin embargo, esta es la fuente donde han bebido los demás escritores».

No todos los escritores liberales aceptaron la versión. Ahí está, entre otros, don Vicente Boix, cronista de Valencia, liberal y honrado, que en 1847 se expresaba de este modo:

«Dijose entonces y se publicó en el año 1839 en una biografía de Cabrera, que este caudillo se entregó á los placeres de una torpe bacanal, mientras los infelices oficiales lanzaban, espirando, los últimos gemidos de su agonía, ante los mismos ojos del soldado del Maestrazgo. Este hecho no está probado; y más bien atribuímos esta noticia al espíritu oscuro de partido y á la necesidad de desacreditar al adalid más intrépido de don Carlos, que mancillar el nombre español con un suceso, que sólo hemos visto en práctica en el centro del pueblo más culto de Europa y bajo las doradas techumbres de sus palacios. Tenemos, pues, por fabulosa la embriaguez de Cabrera, y dejamos á la conciencia de nuestros lectores el fallo de nuestra opinión, que los escritos parciales, hijos de ciertas circunstancias, no han dado pruebas bastantes para desvanecer».

¡Qué venerable resulta el historiador cuando arrostra por la verdad la malquerencia de sus coetáneos!

El autor de la fábula no fué el escritor que ocultó su nombre con el seudónimo de «Un emigrado del Maestrazgo». La culpabilidad de éste, que no es poca, se limita a dar como noticia comprobada y cierta el rumor que un periódico había publicado dos años antes, bajo toda clase de reservas y salvedades. Comienza así un artículo del *Diario Mercantil de Valencia* correspondiente al lunes 3 de Abril de 1837:

«Si los periódicos de Madrid aguardan á recibir noticias de Valencia por medio de los periódicos de la capital, no podrán contar con seguridad y certidumbre, porque cuanto digamos será tal vez cierto, pero sin autoridad oficial, y únicamente recogedizo; y ya se ve el crédito que se merecen semejantes relaciones. No te-

nemos la culpa; más á fin de decir algo, pondremos lo que oímos, á ver si alguna falsedad ó inexactitud que involuntaria é inocentemente se escape á nuestra pluma, provoca declaraciones y rectificaciones, y nos hacemos por este medio con una historia más aproximada á la verdad que la que insertamos. Con esto dicho se está que no salimos responsables de ella».

Después de curarse en salud con este proemio, describe á su manera la sorpresa del Pla del Pou, y añade:

«Los facciosos capitaneados por el tigre sanguinario Cabrera y el fraile Esperanza acamparon en el citad de Burjasot é inmediaciones. El vándalo hizo poner la mesa en los Silos, ó como llaman *les Sitjes*, uno de los puntos de vista más hermosos y pintorescos de esta huerta, y allí sació á un tiempo su voracidad y su sed de sangre, resonando en sus oídos la bárbara y horrorosa armonía de su música militar y las descargas y alaridos de los 37 oficiales prisioneros, á quienes hizo fusilar atrozmente al pie de la pared que rodea los Silos; presenciando tan cruel espectáculo desde los miradores de Valencia sus habitantes consternados».

La paternidad es evidente. El emigrado del Maestrazgo procura cambiar la forma gramatical, pero conserva los vocablos, especialmente los adjetivos, y no sabiendo callar el disparate de haber presenciado «tan cruel espectáculo desde los miradores de Valencia sus habitantes consternados», lo traduce en la siguiente forma: «siendo testigos mudos é impotentes del desastre los consternados habitantes de la ciudad». Claro está que ni el Gobierno dió gusto al articulista confesando la derrota, ni la prensa liberal, única consentida entonces, cuidóse de rechazar una invención que desprestigiaba á los rebeldes y así pasó al campo de la Historia lo que fué, en su origen, pura fantasía de un mal intencionado que tiró la piedra sin dar la cara.

El municipio valenciano, que en 1918 levantó el monumento junto á los silos de Burjasot para honrar la memoria de los oficiales y sargentos fusilados por Cabrera, fué cauto, y se limitó á esculpir en la base del obelisco la siguiente leyenda: «El Ayuntamiento de Valencia á los mártires de la libertad», pero el alcalde del lugar, no contento con formular su adhesión á la honra, que nosotros consideramos muy justificada, añadió esta fecha: «Marzo de 1837». Con su pan se lo coma. Si todo fuera verdad, que no lo es, de la corona de las víctimas no se desprendería una sola hoja de laurel para el pueblo de Burjasot.

Por lo demás, el obelisco está bien emplazado y contribuye al embellecimiento de los silos. Fué construído por el arquitecto mayor del municipio de Valencia don Federico Aymamí, que hizo un romántico alarde, sin quebrantar los preceptos de la restauración académica, dentro de un exíguo presupuesto y perentorio plazo.

*Término.* — Linda por E. y S. con el de Valencia, por N. con los de Godela y Rocafort, por NO. con el de Bétera y por SO. con el de Paterna. El ferrocarril económico de Valencia á Bétera atraviesa 2,633 metros del término de Burjasot, y la línea que en este pueblo se separa de la anterior para dirigirse á Liria, recorre 1,168 metros del mismo término.

Dos grandes secciones forman el término municipal de Burjasot: la de Levante, que constituye una hermosa huerta regada por la acequia de Tor-

mos, y salpicada de fábricas y viviendas de todas clases, sobre el llano que en tiempos prehistóricos abandonaron las aguas del mar, y la de Poniente, más elevada, desprovista de riego y compuesta de lomas y cerros de piedra caliza, que debieron ser el último banco de nuestra costa. Así se explica que en los bordes de esta segunda zona, la menos fructífera pero más vieja, en una cantera inmediata á Burjasot, se recogieran, no ha muchos años, varias cuentas de collar, consistentes en pequeños discos de conchas marinas, toscamente labrados y agujereados por el centro (n. 1860), cuyo hallazgo determina la estación del hombre primitivo más próxima á Valencia que, por ahora, se conoce.

El lector menos versado en geología se dará cuenta de la súbita mutación que se le ofrece al ascender por la humilde loma de Burjasot: queda á sus espaldas la llanura diluvial, y sale á su encuentro el terreno terciario, formando pequeños cerros, redondeados unos y acarnerados otros, cuyas cavidades aprovechan muchas familias para viviendas trogloditas, de aspecto urbano (n. 1861). Si retrocediéramos á la Edad de piedra nos hallaríamos en el seno del golfo que hoy se llama de Valencia.